

## TERREMOTO

Ottmar, Lorena y Camila, llegaron a casa a la 1 de la mañana del día 27 de febrero de 2010. Llegaban cansados después de un día que había comenzado a las 5 A.M. para estar puntualmente a las 7 horas en la Embajada de Estados Unidos.

Se acostaron y durmieron de inmediato, pensando en un sueño reparador.

Sin embargo, la noche no fue la esperada, porque pronto se estremeció la tierra bajo sus pies y del plácido sueño pasaron a la angustiante vigilia de no saber si les esperaba la muerte en ese instante.

Sentados cada uno en un borde de la cama, sin poder ponerse de pie, Ottmar y Lorena unieron sus manos, mientras se hacían eternos los segundos - que se transformaron en minutos - en que su casa se estremecía en forma aterradora, acompañada del estruendo de loza que caía, de puertas que se sacudían, de televisores, cuadros y espejos que se derrumbaban. Noche de luna, a Dios gracias, porque la luz se cortó tan pronto comenzaron los primeros movimientos, y Ottmar miraba hacia la puerta de su dormitorio esperando ver aparecer a Camila, a quien no le era posible ir a buscar porque la fuerza estremecedora de la tierra era superior a sus propias fuerzas, y no se daba cuenta que su hija estaba acostada con ellos, entre papá y mamá, como lo hacía muchas noches que llegaba sigilosa y buscaba el calor protector de sus padres.

- Ya va a pasar!, ya va a pasar!, repetía a su mujer para calmarla.

Había que huir, lo sabía, el mar estaba demasiado cerca. Pero no se atrevía a decirlo, porque temía que tuviera un ataque de pánico. Había historia.

Pasó el gran sismo y se vistieron. Lorena salió de la casa y al ver a los vecinos huyendo, se dio cuenta que eso había que hacer.

Se abrigaron, la noche era muy fría, y se fueron a mucha velocidad en su *camioneta* hasta el borde del cerro más cercano. Comenzaron a trepar por la ladera. El tiempo apremiaba. Los minutos eran oro. La tierra estaba blanda, subían tres pasos y bajaban dos. Se resbalaban. No todos los arbustos resistían el apoyo para subir.

Lorena y Camila iban adelante. A Ottmar le fallaban ya las fuerzas cuando llegaron al primer nivel semi plano del cerro, pero todavía era poco. Si el mar salía, allí no estaban seguros. La noche estaba iluminada por la luna, y por la luz de un incendio en una industria maderera cuya caldera explotó a causa del sismo.

Seguían subiendo, la garganta de Ottmar estaba seca, le costaba respirar, necesitaba descanso. Respiraba agitado con la boca abierta, la única forma de no perder el conocimiento, porque el mundo le daba vueltas.

Su mujer y su hija – valiente niña - seguían adelante, y se animaban. Diez segundos de descanso y siguieron subiendo. Se escuchaban gritos: ¡Papá sube!, gritaba una hija desesperada, mientras su padre anciano había dejado de subir y resignado se había sentado en un tronco.

Gritos de hombres y mujeres llenaban el espacio. No había voces de niños, porque sólo miraban la desesperación de sus padres, sin entender nada. Eran decenas de personas, que por esa ladera trataban de sobrevivir a lo que pensaban podía venir a sus espaldas. La tierra en ese lugar tenía una extensa grieta recién producida. Era riesgoso el camino. Llegaron a una planicie aproximadamente a 50 mts sobre el nivel del mar, que a 2 kms de distancia era una amenaza para sus casas y para su propia existencia. Allí se quedaron. No había más fuerzas.

Rodeados de gente desconocida, fue un alivio encontrar a su vecino Miguel, con su familia. También fue bueno para ellos ver rostros conocidos. Mientras veían la fuerza del incendio de la maderera, personas seguía pasando con niños envueltos en frazadas en una loca carrera por encontrar un mejor refugio.

Mucha otra gente se quedó allí donde Ottmar y Miguel con sus familias habían acordado permanecer.

Un conocedor del sector había logrado llegar con su camioneta hasta ese lugar y sumaban fácilmente una docena de personas, entre abuelos, hijos, nietos, etc. De personas desconocidas, pasaron a ser un grupo solidario donde se compartieron frazadas, agua y galletas. El temor les unía.

Escucharon de pronto un fuerte ruido, como una explosión.

- ¿Qué será eso?- preguntó el hombre de la camioneta.

- Posiblemente otra caldera que explotó – contestó alguien.

Pronto hubo otro ruido similar y después silencio.

(Sólo días después comprendieron que esas "explosiones" no fueron calderas que reventaron, sino dos salidas del mar en un sector cercano).

Las carreras cesaron, la gente tomó su ubicación en tensa espera.

Un padrenuestro comenzó de pronto y las voces de decenas de personas se unieron a esa oración de esperanza. La insignificancia humana quedaba de manifiesto, y ponía su fe en Dios.

Mientras los niños comenzaban a dormirse, radio Bío Bio retransmitía mensajes de que se descartaba el riesgo de tsunami.

La luna se fue perdiendo en la bruma del amanecer y hacía mucho frío. Alrededor de las 7 de la mañana muchas personas comenzaron a bajar el cerro para volver a sus casas, entre ellas Miguel con su familia. Ottmar y los suyos permanecieron un tiempo más. No se veía nada.

Cerca de las 8 de la mañana bajaron por una vía distinta a aquella por la cual subieron. Estaban desorientados. Ahora había un camino que no conocían y encontraron vehículos que no habían logrado subir y habían sido abandonados. Llegaron a la parte baja pero no sabían dónde estaban. Había niebla y humo. Apareció un perro famélico que comenzó a seguirlos. Ottmar tomó un palo para espantarlo por si les atacaba, o por si aparecía alguna persona que intentara hacerlo. Parecía una película de terror: humo, niebla, silencio. Algo nunca vivido. Una postación telefónica era lo único que se veía, la que les indicaba que deberían estar cerca de su casa, pero ¿hacia qué lado? ¿Dónde habían quedado estacionados? Volvieron sobre sus pasos y se unieron a una familia que a mitad del cerro seguía esperando que aclarara el día. Cuando una hora después volvieron a bajar, vieron un auto pasar por su lado y más atrás a un hombre al que se atrevieron a preguntarle cual era el camino para salir al sector de su casa. Les llevó hasta ella.

A Dios gracias, su casa estaba ahí, intacta. Por dentro estaba todo caído, pero no importaba, la casa estaba en pie pese a todo el esfuerzo que soportó. Guchi, la gata, estaba bajo una cama y no se atrevía a dejar su refugio.

Los días siguientes también fueron difíciles. Sin luz, ni gas. Con escaso dinero en efectivo. (Los cajeros automáticos no funcionaban). La despensa estaba vacía, dado que al día siguiente Ottmar y los suyos viajaban por un año a la Patagonia.

Con todas las dificultades del tránsito, congestionado, hecho un caos, porque nadie respetaba las vías y todos trataban de avanzar por donde fuera hasta hacer un nudo en que nadie podía moverse, lograron llegar después de varias horas (normalmente demoraban 20 minutos) hasta el centro de Concepción (con edificios derrumbados, con aceras y calzadas levantadas, con

puentes destrozados), y fueron a su tienda a buscar dinero que había quedado allí desde el día anterior. Lo necesitaban para poder comprar combustible y alimentos. No sabían que todos los supermercados estaban siendo saqueados. A la tienda no pudieron entrar porque llevaron las llaves que creían eran las correctas, pero no lo eran. Pensaron que era un problema de la puerta a consecuencia del terremoto. Al día siguiente trataron de cortar la cerradura con una sierra y... nada. Tampoco pudieron sacar un vidrio. Las llaves no obedecían. Errores increíbles en momentos de desesperación. Petróleo les quedaba poco. trataron de comprar con cheque y no se lo aceptaron. ¿Qué les quedaba de comida? Una pechuga de pollo olvidada en el freezer y un poco de harina. Gas no había: la central había quedado fuera de servicio, por lo que lo único que les quedaba para hacer fuego era el carbón que sobró de algún asado. Allí hicieron sopaipillas, (no había otra alternativa) y cocinaron el pollo. Con eso le aseguraban al menos por dos días la comida a su hija. El escaso petróleo de la camioneta no les permitía salir de la ciudad hacia alguna zona menos afectada. Y no había señal telefónica.

La primera noche Lorena y Camila durmieron en la camioneta listas para huir en caso de un nuevo gran sismo o en caso de que llegara al condominio alguna de las turbas que se anunciaban venían arrasando con todo. En las noches se montaba guardia. Muchos palos y algún revólver salió también a relucir bajo las chaquetas. La PDI pasaba cada cierto tiempo por el lugar y eso daba un poco de tranquilidad. Un “pancho” pasó a convertirse en el punto de nerviosa reunión, a cuyo alrededor se sumaron sillas y frazadas, cada noche.

Al tercer día Ottmar recibió un llamado telefónico. Por fin! podían comunicarse. Su nombre ya aparecía en Internet donde hijos y sobrinas les buscaban. Pensaban que podían aguantar unos días más esperando que todo se

normalizara para después viajar a Coyhaique, pero sin efectivo, habiendo podido comprar casi nada de lo poco que había en los negocios del barrio, con el combustible casi agotado, sólo pensaban en Camila que no podía sufrir hambre, ni exponerla a tantos riesgos. Habían pasado cuatro días.

Ottmar llamó a sus cuñados, y al día siguiente llegaron desde Temuco, con alimentos y 70 litros de petróleo para que pudieran salir de allí. Habían acordado reunirse a las 12 horas en el sector Collao. Atascados en el puente con un calor enorme, entre conductores alterados, nadie quería dar el paso. Camila lloraba porque dejaba en Concepción a sus amigas y compañeras de colegio, y porque su gata en la jaula maullaba interminablemente, asustada sin duda, de tanta locura a la que no estaba acostumbrada. El llanto era también una forma de desahogar la tensión vivida, aunque para ella el recuerdo del terremoto sería sin duda grato pensando en las noches de vigilia, en que con otros niños y niñas, vivieron un mundo aparte contando historias de terror bajo la carpa que cada noche les albergaba y de donde salían sólo para buscar comida.

Se reunieron finalmente en Collao a las 15 horas, y ya en la carretera sintieron que habían salido del infierno para acercarse al cielo.

Se respiraba casi normalidad en los pequeños pueblos que cruzaron, porque había desvíos por daños en la carretera.

Llegaron al atardecer a Temuco, y emocionados recibieron el abrazo de sus familiares que les esperaban. Qué alegría estar allí. Qué alegría fue para ellos tener esa familia que les apoyaba y que demostró “estar” cuando la necesitaron.

.....

Dos días después, Ottmar, Lorena y Camila, viajaron hacia Coyhaique, donde permanecerían por todo un año.